

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

MADRID 11 DE MARZO DE 1934

Número 10



ALGO DEL ERIZO

En una montaña, entre la espesura de unos arbustos a orillas del bosque vivía una familia de erizos. Los mismos erizos, mujer y marido, habían cavado la casa, y la habían tapizado muy bien con hojas y hierba seca.

Tenían cinco hijitos pequeños, uno siempre más guapo que el otro. Y como esto suele ser costumbre entre los erizos, todos

los cinco tenían sus cumpleaños en el mismo día. El padre y la madre pensaban en lo que pudieron regalar a sus hijos.

El padre había ido a cazar y había traído un gusano, una lombriz, una mosca gorda y algunos mosquitos. Estos tesoros querían repartir entre los chiquillos en el día de sus cumpleaños.

“Entonces regañarán—dijo la madre—.

El que recibe un mosquito tendrá envidia del que puede comer el gusano apetitoso." Y la madre propuso regalar a cada uno una avellana, porque ella sabía de un jardín donde crecían estos frutos y casi siempre se encontraban algunos en el suelo; el padre estaba conforme; él quería cuidar de los pequeños mientras que la madre iría por las avellanas.

No era cosa fácil para la madre, porque tenía que recorrer cinco veces el camino, por no poder llevar más que una cada vez. Pero lo peor: en la casa perteneciente al jardín había tres grandes perros, y los perros no pueden ver a los erizos, y los erizos tampoco quieren ver a los perros; se enfadan y saltan y bufan en seguida si se encuentran con un perro. "Has pensado también en los grandes canes?", había advertido el padre. Pero la madre había dicho: "Yo voy por la noche, cuando los perros están metidos en casa y duermen." (Los erizos duermen durante el día y solamente al anoecer suelen salir.)

Entonces la madre de los erizos se puso en camino entre la una y las dos de la madrugada. Era una noche de luna muy clara. Casi había llegado al jardín, y recorrió la terraza de la casa, cuando de repente la sorprendió el aullido terrible de los perros dentro de la casa. Los perros, furiosos, corrían y recorrían, ladraban y saltaban, que

sus amas, dos señoras, pensaban que había sucedido algo malo, y tenían miedo de ladrones o de un incendio.

Asustadas en el sueño, saltaron de la cama. De miedo, y con las prisas, no se tomaron el trabajo de vestirse. Una se arropó con la alfombra delante de su cama, que era una piel, y la otra cogió de prisa un tapete de la mesa, y así soltaron a los perros para tirarse a los supuestos ladrones.

Pero los tres perros grandes se echaron sobre la pequeña temblorosa eriza, que no quería más que ir al jardín. Ella en seguida se enrolló formando una bolita y extendió sus púas en todas las direcciones. Los perros se pincharon al quererla morder. Al uno ya le corría la sangre por la boca, y esto excitó la furia de los otros y siempre querían volver a morder.

La pobre eriza estaba aterrada de miedo. Afortunadamente se acercaron las dos señoras de la casa. "¡Pero *Relámpago*, *Chispa* y *León*, qué hacéis; en seguida, venid aquí!", gritó una de ellas, y la otra cogió a la eriza y la llevó detrás de la valla, donde no podían atacarla.

Así la madre eriza todavía pudo ir por las avellanas; pero al regreso se marchó por un camino distinto, que no pasaba por la casa; ¡de este modo podían celebrar los cumpleaños, y al mediodía comieron caracoles deliciosos!

M I S C H K A

(Continuación)

No así Mischka. Se encontraba encerrada entre otras muchas niñas pequeñas, que aprendían las primeras letras; ella torpemente manejaba el pizarrín, mientras que sus pensamientos huían muy lejos. ¿Qué papel pintaba ella allí? ¡Ella, tan mayor, entre estas colegialas pequeñas, que sabían más que ella! Fuera esperaba la libertad, fuera no existía esta continua obligación.

Allí hacía sol, y cantaban los pájaros, y había flores. ¡Ay, qué difícil le era estarse quieta y escuchar las palabras de la maestra. ¡Con ansia miraba por las ventanas al cielo azul!

"¡Mischka, otra vez no has puesto atención! ¿De qué hemos hablado ahora mismo?", preguntó la maestra en tono severo. Mischka se calló.

"Bueno, ¿me lo dirás pronto?"

"Del bosque", dijo la niña de ojos negros, porque ella había pensado en el bosque un momento antes.

"¡Sí, esto quisieras tú! ¿Y qué es lo que se ha dicho del bosque?"

Las niñas todas se rieron; pero Mischka dijo: "El bosque es muy hermoso; allí hay pájaros, y moras; también hay setas, y los ciervos corren entre los árboles, y cuando viene el guardabosque..."

"¿Pues qué, entonces?"

"Tenemos que marcharnos."

"Tú eres incorregible, niña; nunca pones atención. Tengo que darte una cartita para la señora del juez."

Las quejas llegaban cada vez con más frecuencia. Mischka no quería aprender y era torpe para comprender las cosas. Una cosa solamente la interesaba: el gran secreto del amor de Jesús, que amaba también a ella, pobre y abandonada gitanilla; esto llenaba su corazón de gozo. El Salvador había venido también para ella, para ella también había muerto en la cruz. Cómo le amaba por eso. Diariamente abría su corazón en íntima oración, revelándole todas sus dolencias y ansias secretas.

Lo único que ganó de su estancia en el colegio era esta fe firme en el infinito amor de Jesús.

Pero la ciencia, que no entraba en la cabeza de la gitanilla, hizo de "Pillo" un perro sumamente sabio. Enseñado por Mischka, aprendió a bailar y saltar por el aro. Llevaba un cestito por la boca y comprendía cada señal de su pequeña maestra. Era un perro listo y ambicioso. ¡Ojalá hubiese podido dar algo de su celo de aprender a la niña!

El ánimo y la disposición alegre de la niña sufrieron un choque grande durante esta temporada. No podía acostumbrarse a esta vida reglamentaria. Para animarla iban en auto al campo, paseaban por sitios pintorescos y merendaban debajo de los árboles hermosos del bosque. Pero Mischka

apenas miraba alrededor. Se echaba en la hierba apoyada en los codos; había una profunda tristeza en su mirada, hasta el punto que la madre de Isabelita, muy asustada, la preguntó por el motivo de su pena.

Grandes lágrimas corrieron por sus mejillas. "Los pájaros, allí arriba, pueden volar por donde quieren; yo tengo que quedarme. Nadie quiere nada conmigo; y la maestra también dice que no valgo nada. No me gusta ni pizarra ni pizarrín. Las niñas me tienen miedo; yo las pego porque se ríen de mí; son niñas malas." "No, hija mía, no son niñas malas, sino que tú tienes gustos muy diferentes que ellas. Si tú las quisieras un poquito, ellas también te querrían a ti." "¡Nadie me quiere; también Alexei, Zita y Zdenko me han olvidado! ¿Cómo puedo estar alegre? Ellos probablemente montan en sus caballos y corren por las estepas de Hungría y sonarán las pisadas de los caballos y las reses blancas con los cuernos largos irán huyendo delante. ¡Cómo se olvidarán allá, a lo lejos, que Mischka los espera aquí!

"Pero tienes a "Pillo" y a mí", dijo Isabelita.

Pero toda su ternura no podía echar fuera la pena de la gitanilla. En su rabia ya había roto la niña tres pizarras, y la señora pensó seriamente mandarla, por fin, a la casa de huérfanas. En una excursión habían visto una tropa de gitanos a orillas del bosque. Un momento parecía como si la gran alegría iluminase la cara de la pequeña, pero cuando Isabelita la preguntó si conocía a aquella gente, Mischka movió la cabeza en señal de negación. "Son gitanos extraños y coches extraños. No hay ni uno entre ellos que yo conozca. Ni la madre, ni Zdenko, ni Alexei están allí; toda gente desconocida." A pesar de esto estaba muy pensativa; por la noche, y con el pretexto de tener dolor de cabeza, se acostó temprano. Su gran deseo de libertad había recibido un nuevo impulso.

Entrada la noche, cuando todos dormían, se podía oír allá, en la oscuridad, el churrir de una portezuela y pasos ligeros sobre la arena.

Cuando la muchacha quiso despertar por la mañana a la pequeña dormilona, se encontró con la cama vacía. ¡La niña había desaparecido!

¡Qué pena para Isabelita! ¡Cuántas lágrimas no virtió a causa de la morenita forastera! La compañera de sus largos días de enfermedad, la amiga divertida en el juego se había marchado. Ahora solamente notaron que también el perro había desaparecido. Y no se había contentado con el perro, sino la caja donde Isabelita solía guardar sus lazos y cintas estaba revuelta y parte de su contenido quitada. “¡Oh, madre, qué Mischka más mala! ¡Y yo que la quería tanto!, lloró Isabelita, llena de dolor.

(Continuará)

Adivinanzas

Modo de adivinar un número cualquiera que se piense.—Se pide a una persona que piense un número, que lo multiplique por tres; el producto que resulte, que lo divida por dos (advirtiéndole de que si el número pensado es impar le aumente al producto antes citado la unidad, para evitar que esta división sea inexacta); el cociente resultante, que lo multiplique por tres, y después, que este producto lo divida por nueve. He-

cho esto le pedimos que nos dé a conocer el resultado de la división; conocido por nosotros este resultado, lo duplicamos mentalmente, y el resultado será el número que pensó (si el número que pensó es impar, a este resultado se le aumenta la unidad).

Ejemplo (suponiendo que el número pensado sea par.) Número pensado, 14:

$$14 \times 3 = 42$$

$$42 : 2 = 21$$

$$21 \times 3 = 63$$

$$63 : 9 = 7$$

Cuyo resultado es 7; duplicándolo resultará 14, que es el número pensado.

Ejemplo (suponiendo que el número pensado sea impar). Número pensado, 3:

$$3 \times 3 = 9$$

$$9 + 1 = 10$$

$$10 : 2 = 5$$

$$5 \times 3 = 15$$

$$15 : 9 = 1$$

Cuyo resultado es 1; duplicándolo y añadiéndole la unidad resultará 3, que es el número pensado.

El pelotazo

A un chiquillo, un chicazo le enajó tan tremendo pelotazo, que le hizo un gran chichón en el cogote; mas la pelota, al bote, volviendo atrás con ímpetu no flojo, tornó por donde vino; y encontrándose un ojo en el camino, al autor del chichón dejó sin ojo.

No haga al prójimo mal quien esto nota, porque el mal es pelota que vuelve contra el mismo que la bota, o miente el pelotazo en el cogote.

PRÍNCIPE